

sagrada, *jugar sobre el terciopelo*. Insistió pues, para que fuese pagado inmediatamente, fué tenaz, y se hizo impertinente ante las resistencias del conde.

Bien pronto comprendió éste, que si resistía por más tiempo, una querrela, un duelo, serían inevitables: los diarios se harían eco del asunto, y habría un escándalo; lo que aun le quedaba de su antiguo prestigio, desaparecería, en fin, y lo más grave, los últimos círculos en los cuales jugaba, le serían cerrados. Al mismo tiempo, el lío de billetes de banco se agitaba entre sus dedos. Parecía palpitar, animarse, vivir. Le continuaban diciendo: «Tómalos, tómalos y paga; con lo que quede, ganarás lo que pagas en este momento; te enriquecerás para siempre, y volverás á colocar esa suma en el cajón, antes de que se aperciban de su desaparición.»

—Perdió la cabeza, apurado más y más por el barón, solicitado de todas las maneras, febril, enloquecido, pagó los setenta mil francos.

Luego, metiéndose en el bolsillo los últimos billetes de banco, salió precipitadamente para ir á jugarlos.

VIII

Conforme le había dicho Mr. de Saimpré al conde de Servan, acababa de dar principio á una gran partida, en el círculo donde ambos señores habían probado fortuna el día anterior. No tardaron en ocupar los dos un asiento ante el tapete verde y empezar de nuevo la lucha suspendida.

Pero Mr. de Servan, al cual haremos justicia, no tenía aquella noche, cuando llegó al juego, la sangre fría que nunca le abandonaba. Su mala acción, podemos decir su crimen, se le aparecía por momentos en todo su horror. Hasta entonces, podían acusarle de calavera, maldecirle por haber vivido tan mal, por haber sido fatal para los suyos; pero su honor permanecía intacto. Gozaba hasta de esa consideración que se guarda á los jugadores desgraciados, y si por ventura le sucedía que ganaba una serie de ocho ó nueve en una partida de *baccarat*, sus más encarnizados adversarios, nunca dudaban

de su buena fé. Habia hecho del juego su único placer, su vida, su carrera, y poseia hasta el más alto grado lo que ellos llaman el honor profesional. Esta buena reputacion, adquirida alrededor de los tapetes verdes, la tenia entre la buena sociedad: se veia uno tentado á agradarle, y aquellos á quien él habia enriquecido (y eran numerosos), se complacian en alabar su delicadeza, siempre extremada, despues de cincuenta años de pérdidas consecutivas... En un momento, habia desmentido á todo su pasado, su honradez se habia evaporado, su honor habia naufragado, lo mismo que habia naufragado su fortuna.

Estas ideas le asediaban, á pesar de violentos esfuerzos que hacia por alejarlas, y jugaba con furor desesperado.

Habia empezado con treinta mil francos, que era el resto de los cien mil despues de pagada su deuda: á las cuatro de la mañana habia perdido veinticinco mil.

Entonces, recobró por un instante la razon. Los jugadores tienen á veces estos momentos de lucidez, durante dos jugadas, mientras preparan nuevas cartas ó cuando hay una tregua entre los combatientes. El conde vió que iban á desaparecer sus cinco mil francos como habian desaparecido los demás. ¿Qué haria entónces? ¿Se atreveria á entrar en su casa, ó más bien en la de Jorge Leroy, al cual habia despo-

jado? ¿Sufriria las reconvencciones de sus hijas? ¡Nunca! ¡Nunca! No se atreveria á tal cosa.

¿A dónde iria ahora sin dinero, sin recursos y sin esperanza de restituir lo que habia tomado? Porque ya no pensaba en enriquecerse; no pensaba más que en restituir. Sus pretensiones habian disminuido al mismo tiempo que su capital.

Era preciso huir, ocultar su vergüenza lejos de su pais, lejos de su familia, lejos de todos; en el extranjero.

De pronto, buscando dónde poder refugiarse, se presentó á su imaginacion un punto del globo visitado con mucha frecuencia.

Monte-Carlo, en el principado de Mónaco; Monte-Carlo, último refugio de los jugadores de ruleta y de treinta y cuarenta. Monte-Carlo, que ha visto desaparecer sucesivamente á Spa, en Bélgica; Hamburg, Bade, Wiesbaden, Nauheim, en Alemania; Saxon, en Suiza; Fuenterrabia y el Portillon, en España, y que ha quedado sólo, aislado, en medio de todas estas ruinas.

Se acordó de las ventajas que aquella banca concedia á los jugadores; un cero en vez de dos, de la posibilidad de asegurarse en la treinta y cuarenta contra la ruleta, recordó tambien que muchas veces habia restablecido allí su fortuna comprometida, ó cuando ménos que se habia procurado algunos meses de bienestar. Las mesas de ruleta, con sus bancas de

setenta mil francos, siempre renovables; las mesas de treinta y cuarenta, sobre las cuales á las doce del día extendían los paleteros doscientos mil francos en oro y billetes, se le presentaron con todas sus seducciones y brillaron ante sus ojos, como había brillado algunas horas antes el lio de billetes de banco.

Partiendo para Monte-Carlo, huía según era su deseo. Pero no huía sin esperanza de regreso, ni sin esperanza de restitución. Con los cinco mil francos que aun le quedaban, podía recobrar la suma de los cien mil francos y volver á entregarla á su yerno pidiéndole que le perdonara.

Las cartas estaban preparadas, las puestas hechas y la partida iba á renovarse. Mr. de Servan no quiso sucumbir á la tentación de jugar más y pasó rápidamente al salón de lectura.

Allí, se hizo dar un indicador de los caminos de hierro, y deseoso de partir, de huir antes que llegase el día, de librarse con el movimiento de los pensamientos que no le abandonaban, buscó un tren que pudiera conducirle inmediatamente sin necesidad de esperar al expreso de las once.

Había uno que salía á las seis y treinta minutos; éste era el que él necesitaba. Se decidió á tomarle. Poco le importaba su traje; ya sabría proveerse en el camino de todo lo que le faltaba; además, los jugadores hacen poco caso de sus vestidos, porque en

el casino, nadie repara el estado en que le llevan sus vecinos.

Como aun podía disponer de media hora, quiso escribir á Jorge Leroy. En su aberración, le quedaba aun un sentimiento de honor; el hombre recto de otros tiempos se hacía traicion. No quería que pudieran suponer á otro en su lugar; creía mucho más digno el confesar su falta. Quería al mismo tiempo hacerla perder su importancia, palidecerla, hacerla menos odiosa, presentarla de tal modo, que un día pudieran perdonarle sus hijas.

Al acabar la carta, el jugador que nada había podido corregir, pudo, sin embargo, atenuar su falta: decía que muy pronto esperaba volver con la suma... prestada por sus hijas; esta era la expresión. Todo le anunciaba el cambio de la fortuna; estaba seguro de ganar en el punto á donde se dirigía... Si se engañaba, lo cual no era posible; si la mala suerte no dejaba de perseguirle, sabría expiar su falta y des- embarazar para siempre á su familia de un ser inútil, convertido en peligroso. Nada le había costado hacer esta alusión al suicidio; ¿no estaba seguro de ganar?

A las seis menos cuarto abandonó el círculo sin haber vuelto á la sala de juego y después de haber encargado á un lacayo que llevase su carta á Jorge Leroy, antes que acabase la mañana.

Esta carta la recibió Jorge á las nueve, en el mo-

mento en que acababa de entrar en su despacho para tomar los cien mil francos que le habían sido confiados el día anterior por Markett, y los cuales se proponía entregar aquella misma mañana al cajero de su casa.

Al leer la carta, no quiso creer lo que veían sus ojos, preguntándose si era víctima de algún sueño.

¡Cómo! ¡Mr. de Servan, el padre de su mujer, un ladrón, sí, un ladrón! No encontraba otra palabra para nombrarlo.

¡Y aquella suma, aquel depósito, del cual respondía, no estaría allí ya! ¡Esto era imposible!

Se precipitó sobre el cajón y le abrió.

Estaba vacío.

Se lanzó hacia la habitación de Mr. de Servan; el lecho no se había deshecho. El conde no había entrado en casa desde la víspera.

¡Luego era verdad!

¿Qué hacer? ¿Lanzarse en persecución de su suegro que sin duda se habría refugiado en Monte-Carlo? Trabajo inútil, puesto que antes de partir, Mr. de Servan había perdido la mayor parte de la suma.

¿Denunciarle á la justicia? ¿Para qué? Y en este caso, ¡qué vergüenza no recaería sobre los suyos, sobre su esposa, sobre su hermana, sobre sus hijos, sobre él!

¡Ay! no tenía ni aun la satisfacción del robado, que grita, amenaza, busca con la justicia, espera, y

algunas veces encuentra... El no podía ni encontrar, ni vengarse; el ladrón le tenía demasiado cojido.

Mientras que Jorge se desolaba y se desesperaba, solo, en su despacho, dejando pasar la hora de ir á su oficina, se unió á él Alicia. Le vió tan agobiado, que se sobrecojió, le interrogó y acabó por saber la verdad. En aquel primer momento de estupor, de indignación, no había tenido ni aun fuerza para callarse. Pero, más tranquilo, comprendió que la confesión hecha á la más joven de las hijas del conde, no debía de hacérsela á la mujer. Una jovencita, no conoce aun la vida, no comprende la gravedad de ciertas acciones; sufre menos de lo que sufriría más tarde. Una mujer casada, al contrario, reflexiva, juiciosa, como lo era Mme. Leroy, podía impresionarse cruelmente al saber la falta de su padre. Jorge, quiso evitar á la que amaba el que tuviera que sonrojarse ante él y resolvió ocultarle el crimen cometido. Creyó entonces que hallaría acaso uno que le prestara los cien mil francos, y que Luisa ignoraría siempre lo que había pasado. Ambos convinieron, por lo tanto, en ocultar, Jorge á su esposa, y Alicia á su hermana, el crimen del padre de familia.

Ya hemos visto como se descubrió por madame Leroy; la joven no quiso aceptar el sacrificio de su hermano político, y dijo la verdad.

IX

El día había empezado; algunos rayos de un sol de invierno, pálido, y casi moribundo, penetraban á intervalos en la habitación donde Jorge Leroy, su esposa y su cuñada, habían pasado la noche. La casa y la calle se agitaban con el ruido y el movimiento que acompaña al día. En su departamento, los criados desempeñaban sus obligaciones sin sospechar las preocupaciones de los amos. En el salón vecino, las niñas, levantadas hacia una media hora, jugaban entre sí, y la mayor, admirada por no haber recibido aun el beso maternal, levantaba de tiempo en tiempo el portier del despacho; pero veía á su madre tan triste, tan abatida, que no se atrevía á entrar y volvía corriendo al lado de su hermana.

Ellos habían visto muchas veces á aquellos seres adorados, pero no habían dejado sus puestos, ni habían interrumpido su conversacion para correr á ellos, tomarlos en sus brazos y abrazarlos de todo

corazon. No obstante, desde las cuatro de la mañana, se habían dicho todo lo que tenían que decirse. Primero, la espantosa revelacion que se había hecho y los largos comentarios á que había dado lugar. Luego la desolacion de Luisa, por haber creído un instante que su marido era culpable, áun cuando él mismo se acusaba. Lé había pedido perdon muchas veces, suplicándole que lo olvidase, desesperándose de nuevo, cuando Jorge le aseguraba que no tenía por qué reconvenirse.

—¿Cómo no me habías de creer? le decía él tomándola de la mano; no habías leído mi carta á Markett, la misma que yo quería ocultarte, y en la cual hacía revelaciones, hablaba de...

—¡De suicidarte! Es verdad, querías matarte... dijo Luisa. Has pensado en dejarme, en dejar á nuestras hijas. ¡Desgraciado! ¿qué podíamos ser nosotras sin tí? Eso hubiera sido tambien la muerte, la muerte despues de una larga agonía... ¡Ah! no tienes derecho para morir sin nosotras... debemos de morir todos á la vez, para no separarnos nunca... Però no se trata de morir. El suicidio no remedia nada. Tu muerte estableceria tu culpabilidad... y si te persiguen, si te arrestan, quiero al menos que te declaren inocente... ¿Creías, pues, que Alicia y yo podíamos aceptar tu sacrificio, tu abnegacion, que te dejaríamos arrojar en una prision por nuestro padre? ¡Nunca! ¡Nunca! A cada cual segun sus obras... La vergüenza

será grande, es cierto, para mí, para él, para tí, si se descubre la falta de Mr. de Servan. Pero recaerá de una manera menos directa sobre nuestras hijas, que si fueras tu el culpable... Pensemos primero en ellas... ya que nuestro padre, no pensó lo necesario en sus dos hijas... De modo que cuando llegue el caso, me entiendes, lo diré todo, todo.

—¿Te creerán, mi querida amiga? replicó Jorge... No se trata en este momento de convencer á los jueces que estudiarán mi pasado y le hallarán honroso; que revisarán despues la vida de tu padre y la juzgarán severamente, acaso más severamente de lo que se merece, puesto que hasta hoy, nunca ha cometido un hecho que le deshonre...

—¡Y eres tú quién le defiendes! exclamó Luisa precipitándose en los brazos de su esposo.

—Este prosiguió.

—Los jueces querrán saber á donde ha pasado la suma desaparecida. No hallarán indicacion alguna en mi casa, preguntarán en la del agente para quien trabájo, á mis colegas, á mis amigos, y verán que nunca he jugado por mi cuenta y que me he ocupado únicamente de los negocios de otros. Entonces admitiendo que denunciarás á tu padre (que esto no se puede ni se debe de hacer), investigarán por esa parte, sabrán que Mr. de Servan ha jugado una gran suma sobre su palabra, que á pesar de no tener recursos la ha satisfecho... y todo se aclarará.

—¡Eso es lo que yo quiero! ¡Eso es lo que yo quiero! decía Luisa cada vez más animada, cada vez más febril. Además, yo no denunciaré á mi padre, se denunciará él mismo.

—Pero, desgraciada niña, ¿crees que no he reflexionado sobre todo eso?... No es á los jueces, te repito, á los que hay que convencer; esto se hará fácilmente: ellos adquirirán reseñas, pruebas; tienen mil medios para obtenerlas. Es á Mr. Markett á quién hay que persuadir de mi inocencia; es á Mr. Markett á quién es preciso decir dentro de cuatro días: «Vos me habeis confiado una suma de cien mil francos para depositarla en la caja de mi casa. No la he depositado, ni puedo devolvérosla... ¡Ay! ¡esto es horroroso de decir, no puedo acomodarme á esta idea!

—Pues bien, exclamó Luisa, yo me presentaré, yo, y diré: «No es él, no es él, es mi padre.»

—No te creerá. ¿En dónde está ese padre sobre el cual se arroja tan pesada carga? ¿Ha oido Mr. de Markett hablar de él alguna vez? ¿Va él, como los jueces, á repasar nuestra vida, para luego tener el gusto de decirme: «Si, os creo, sois inocente?» ¿Qué le importa esto? No se ocupará más que de sus cien mil francos, no pensará más que en ellos. No conoce á nadie más que á mí, yo soy el único responsable... Vuestro padre, nada tiene que ver con él... Yo lo he perdido. Me prestan y debo de reembolsar. Mi obligacion es no aceptar depósitos ó guardar los que

me confien. Pues qué, ¿si mañana tomase cien mil francos de la caja de mi casa, Mr. X... tendría por eso derecho para cerrarla y no pagar á sus acreedores? No, seria preciso que pagara, nadie se acomodaría á no recibir, y si no pagaba, seria borrado de la lista de los agentes y se veria comprometido á los ojos de todos.

—Es verdad, dijo Luisa.

Entonces, se preguntaron si verdaderamente no podian encontrar aquella suma para restituirla. Pero ¡ay! Luisa de Servan, no habia traido ningun dote á su marido, y Jorge Leroy no poseia para vivir más que su sueldo mensual y una pequeña parte de los beneficios de la casa en donde estaba empleado. Esto era todo cuanto constituia su fortuna. Algunas economías que ascendian á unos treinta mil francos, pasaron cuando se casó á atender á los gastos de su instalacion y tambien á pagar algunas deudas de su suegro. Por lo tanto, nada poseia y no podia contar con sus recursos personales. En cuanto á su familia y sus amigos, Jorge habia dado ya inútilmente algunos pasos; unos se habian negado, y otros habian pedido algun tiempo. Los prestamistas de cien mil francos, dinero contante, de mano á mano, son raros en Francia y en todos los países.

Mientras discutian todas estas cosas, sonó la hora de ir á la oficina.

—Las nueve ya, dijo Alicia.

—Sí, repuso Jorge, la hora á la cual otros dias partia para mi despacho tranquilo, descansado, sin disgusto de ningun género, no pensando más que en el momento de volveros á ver y de ver á mis hijas.

Luisa, que estaba sentada, se levantó y dirigiéndose á su marido:

—Es preciso partir, le dijo, como si nada hubiera pasado en tu vida ni en la nuestra... No debes de llegar á tu oficina ni un minuto más tarde. No debes de llevar allí tus preocupaciones, ó á lo ménos, no debes de dejar adivinar en tu rostro lo que sufres... Entrégate al trabajo como de costumbre, contesta á las preguntas que te hagan, trata de sonreírte. Tú mismo lo has dicho: el asunto se encuentra entre Markett y nosotros, nadie debe de enterarse, nadie debe de sospecharlo... Cometerias la mayor imprudencia, la mayor, si te hicieras traicion... Vamos, vamos... y trabajando, trata de olvidar, puesto que ya nada te falta que hacer para salvarnos, y puesto que todo lo has intentado. Durante tu ausencia, Alicia y yo reflexionaremos aun, buscaremos... Cuando vuelvas, reanudaremos nuestra triste entrevista, en lo mismo que la dejamos.

Cómprendió que tenia razon, y ya iba á dirigirse á su habitacion para cambiar de traje, cuando Luisa le detuvo.

—Espera, le dijo; es preciso antes de separarnos que me hagas un juramento.

—¡Un juramento! repuso Jorge admirado.

—Sí. El juramento, suceda lo que quiera, de renunciar al designio que has tenido esta noche... No quiero que mueras, lo oyes, yo no lo quiero... Voy á llamar á nuestras niñas, y rozando su frente con tus lábios, me harás el juramento que te exijo... ¿Me lo juras?

—Llama á las niñas, respondió, su vista me dará sin duda el valor que me falta en este momento para vivir.

Luisa levantó el portier del salon, y alzando la voz, pronunció estos dos nombres tan queridos: Marta, Juana.

Entonces, dos criaturas adorables, una morena de color pálido, con grandes ojos negros; la otra rubia, con los ojos azules y color rosado, corrieron á arrojar en los brazos de su madre.

Esta las estrechó largo tiempo entre sus brazos, despues, poniendo las manos sobre sus cabecitas, las adelantó hácia su padre y le dijo á éste:

—Acuérdate de la súplica que te he hecho.

—Jorge las miró un instante, despues se inclinó, se arrodilló, colocó su boca sobre la frente de Marta, despues sobre la de Juana, y mientras las besaba, sus lábios murmuraban algunas palabras.

Luego se levantó precipitadamente y desapareció.

X

Despues de la partida de Jorge, Luisa quiso seguir los mismos consejos que habia dado á su esposo. Pasó á su tocador y empleó en su tocado los cuidados de costumbre. Luego arregló las cuentas con sus criados con aire tranquilo, sin que pudieran creerla inquieta ni atormentada. Por último, se ocupó de las niñas, indicó el traje con que debian vestirlas y el paseo conveniente para un dia dudoso. A las once, almorzó con Alicia, habló de cosas indiferentes ante la doncella que las servia, y haciendo seña á su hermana, pasó á una habitacion, en la que sabia no serian molestadas.

—Tu calma me admira, dijo Alicia en cuanto se hallaron solas. No sé como puedes dominarte así.

—Es indispensable en este momento, replicó madame Leroy; la menor imprudencia puede perdernos y adelantar la hora designada á Jorge por Mr. Markett para reclamarle el depósito confiado.

—¿Y qué importa esa hora? dijo la jóven más desanimada que su hermana en aquel momento.

—¿Encontraremos nosotras en cuatro dias lo que ha buscado inútilmente hasta aquí? Hemos pasado la noche ensayando nuevos medios; ninguno se nos ha presentado probable.

—¿Tienes aun esperanza?

—No espero nada, no creo en nada, respondió Luisa; pero mi deber es luchar hasta el último momento. Lucharé. Desde hace muchos dias Jorge se consume en esfuerzos impotentes. A nosotras nos toca ahora reemplazarle; á nosotras nos toca hacer los mismos esfuerzos. La falta de nuestro padre, recae principalmente sobre nosotras; no debemos tener más que un solo fin; si no borrarla, porque no pueda ser, al ménos repararla aun cuando cometamos una locura.

—¿Una locura? no te comprendo. ¿Qué podemos hacer?

—Te lo diré más tarde, cuando mis ideas sean más claras. Por ahora hablemos seriamente... Jorge nos ha hablado de pasos inútiles, dados hácia muchos amigos y muchos parientes; ocupémonos ahora de los nuestros. ¿Cuáles son? ¿A quién dirigirnos con alguna probabilidad?

Evocaron todos sus recuerdos de la infancia. Los amigos de su madre se habian ido retirando, ya no hacian visitas ni daban señales de existir; en su vida

mundana, siempre agitada, Mr. de Servan habia descuidado el conservar sus relaciones, de las cuales hubieran podido servirse sus hijas en alguna ocasion. En cuanto á los parientes, habian muerto la mayor parte, y el conde habia percibido y disipado sucesivamente las diversas herencias. Ahora, solas en el mundo, sin ascendientes, sin pasado, no tenian ante sí más que el porvenir, es decir á sus niñas; porque Alicia, no esperando casarse, como lo habia hecho su hermana, se habia consagrado á sus queridas sobrinas, á las cuales amaba con cariño maternal.

Cuando hubieron reflexionado largo tiempo, pronunciado todos los nombres que venian á su mente y reconocido que nada habia que esperar, Luisa planteó la cuestion de otra manera.

—Ahora, dijo levantándose, está bien claro que nada podemos intentar que sea razonable y prudente. Ni por nuestros pasos, ni por nuestras instancias, ni por nuestras súplicas, obtendríamos la suma que necesitamos... Sin embargo, es preciso hacer algo. Ya te lo he dicho, no debemos esperar tranquilamente al lado de la chimenea el cambio fatal... un golpe bien dado, solo una locura, puede salvarnos... Yo estoy decidida á todo.

—Esta es la segunda vez que dices eso. ¿De qué locura quieres hablar? Me espantas.

Sin contestarla, sin oirla acaso, porque se habia

puesto agitada, febril, le dijo bruscamente á su hermana:

—El sábado próximo, es cuando debe de venir Mr. Markett á ver á Jorge, ¿no es verdad?

—Sí, el sábado.

—¿Y hoy es martes?

—Sí, martes, contestó Alicia mirando á Luisa como interrogándola.

—Tengo tiempo, tengo el tiempo justo, replicó Mme. Leroy.

—¿Tiempo para hacer qué?

—Para ir á Monte-Carlo y volver.

—Ir á Monte-Carlo, replicó Alicia, ¡tú! ¿Con qué objeto?

Luisa dudó un instante y respondió:

—Veré á mi padre... Está en Monte-Carlo, no hay duda, trataré de arrancarle los últimos billetes de banco, si tiene alguno... y si los ha perdido, le traeré para que hable á Mr. Markett, para que se denuncie, para que Jorge no sufra todo el peso de la falta cometida, del crimen, de la vergüenza...

De pronto se detuvo y colocándose delante de su hermana, mirándola cara á cara:

—Pues bien, ¡no! le dijo, no soy franca, no te digo la verdad y no tengo razon... Tu debes saber todo. Tu participas de mis dolores, tienes derecho para conocer mis esperanzas, las ilusiones de mi espíritu, quiero decir... No espero arrancar á mi padre algu-

nos billetes de banco. Ya no tiene ninguno, estoy segura, ó si posee aun algo, no se desprenderá de ello, mientras se halle ante una mesa de juego... le conozco... No pienso tampoco traerlo aquí. ¿Para qué ponerle frente á Jorge? No quiero hacer sufrir á mi esposo esta tortura, ni á nuestro padre esa vergüenza. Enviarle á Mr. Markett, hacer que lo confiese y lo diga todo, son tambien sufrimientos inútiles. Si monsieur Markett, que nos conoce, no nos cree, tampoco creerá á Mr. de Servan. Pensará que nuestro padre se sacrifica por nosotros y nos juzgará tambien desfavorablemente. No conseguiremos, á su vista, más que comprometer una persona más.

—Tienes razon, dijo Alicia. ¿Entónces que vas á hacer en Monte-Carlo?

—¿Qué, que iré á hacer! contestó aproximándose á su hermana, hablándole en voz baja pero trémula. ¿Qué iré á hacer?... Iré á jugar... Si, no tengo más que esa esperanza. Es una locura, ya te lo dicho; pero, ¿no estoy loca en este momento, loca de dolor? Si, iré á esa ciudad, en la que se ha hundido una parte de nuestra fortuna, en donde acaba de hundirse nuestro honor... Es preciso que lo que nos ha perdido nos salve. La suerte nos debe esto, ¿no es cierto?

—Jugar ¡tú! ¡tú! exclamó Alicia cuando pudo hablar.

—¿Qué te admira!... Me suponen audaz, de espíritu aventurero, pronta á las decisiones enérgicas; pues bien! justifico esas suposiciones.

—¡Jugar ante aquella multitud, ante aquella sociedad! replicó Alicia.

—Jugará otro por mí si yo tengo miedo. Yo daré el dinero y uno le colocará donde yo le diga que le coloque... ¡Ah! conozco á Monte-Carlo como si hubiera vivido en él... Mi padre me ha hablado de él frecuentemente... Yo no seré la única mujer, tranquilízate. Allí encontraré mujeres de sociedad, y de la mejor... Realmente se cree que están allí por curiosidad, para mirar. No, la mayor parte juegan... Yo, haré lo mismo.

—Pero tú no sabes jugar.

—¡Ay! Uno sabe jugar siempre. Si es necesario, aprenderé.

—Necesitas dinero y no lo tienes.

—Tengo dos mil francos destinados para gastos de casa... De estos, nos ocuparemos más tarde; primero la deuda. Tengo también mil quinientos francos de economías, después mis alhajas, las que me ha dado mi marido y las que me daba mi padre al día siguiente, cuando ganaba... Porque ha ganado con mucha frecuencia, sí, con mucha frecuencia, me acuerdo... El juego no es siempre funesto... Por ahora, voy á ocuparme en hacerme prestar dinero sobre estas alhajas; obtendré sin inconveniente tres mil francos, lo que hará... seis mil quinientos... Con esta suma se puede ganar cien mil... ¿No nos ha dicho nuestro padre que con diez luises ha conseguido él

muchas veces recuperar un millon? Pero ha continuado jugando, y lo ha vuelto á perder; y yo, cuando ya tenga los cien mil francos, volveré... Te lo juro.

—Había dicho todo esto sin detenerse, sin tomar aliento. No miraba á Alicia. Temía leer en la vista de aquella una reconvencion, una prohibicion. Pero, repentinamente, se adelantó hácia su hermana, apoyó ambas manos sobre sus hombros, y con su rostro cerca del suyo y sus ojos fijos en los ojos de ella, le dijo:

—Ganaré, ¿me oyes? existe alguna cosa que me dice que ganaré.

—Hablas como nuestro padre, le contestó la jóven helada de espanto; ¿eres, pues, jugadora?

—¿Quién sabe? ¿Porqué no? Tengo de él, digo... debo de tener sus vicios... Pero, en este momento, soy madre, soy mujer, quiero salvar á mi marido, quiero salvar á mis hijos á toda costa, y no tengo á mi eleccion los medios... Veamos, veamos, no hay que perder tiempo.

—¿Pues cuándo quieres partir?

—Esta noche, por el tren rápido de las siete y cuarto...

—Acabo de consultar un indicador... Estaré en Monte-Carlo mañana miércoles á las cinco de la tarde.

—No partirás sólo, no puedes ir sola. ¿Quieres que te acompañe?

—No, quédate acompañándole... Te le confío y te confío á mis hijas.

—¿No le verás antes de partir?

—No. El se opondría á este viaje, á esta calaverada... Saldré de casa á las seis, antes que él vuelva. Entonces le dirás que he salido para intentar algun medio; luego, cuando ya no pueda hallarme en la estacion, le confesarás la verdad. No te inquietes por Jorge... Al principio, acaso se aflija porque haya hecho esto. Luego, participará á su vez de mis esperanzas. Así sufrirá ménos hasta el sábado... Esto es mejor... Iria aún cuando estuviera segura de que iba á perder... Pero ganaré, es preciso que gane.

Luisa se detuvo, y cayendo sobre un sillón, prorrumpió en llanto. Sus nervios excitados por largo tiempo, perdieron al fin su rigidez.

XI

Mónaco y Monte-Carlo, estos dos nombres se confunden en la mente de ciertas personas que no se hayan visto obligadas á viajar por la costa del Mediterráneo. Se preguntan si se trata de dos ciudades distintas, ó si es que Mónaco ha cambiado de nombre para tomar el de su último soberano Carlos III.

Son dos ciudades distintas, construidas sobre unas rocas situadas frente por frente, pero separadas la una de la otra por un espacio tan pequeño, relacionadas con tanto interés, que está perfectamente admitido el no hacer más que una sola ciudad, y el darles el mismo nombre.

Monte-Carlo, como la Condamine, situada al pié de dos rocas, cubriéndolas una á otra, es un barrio de Mónaco, el barrio elegante, el boulevard de los Italianos, ó los Campos Eliseos de esta pequeña ciudad, única en el mundo.

En Mónaco, propiamente dicho, se encuentra el